

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

Centro Fotográfico Villar

En vista de la numerosa clientela que cuenta este antiguo y acreditado establecimiento, y con objeto de servir al público con prontitud y esmero, ha contratado á un retocador, tanto de retratos, como de ampliaciones, que en el difícil arte de la fotografía, lo domina como pocos.

Dicho retocador ha estado encargado bastante tiempo de la acreditada fotografía madrileña del Sr. Company.

AL DIA

EL SINO

Los cimientos del gran imperio moscovita se resquebrajan.

Tenialos conmovidos la guerra con el Japón, funesta hasta hoy para las armas rusas y contraria en un todo á los sentimientos del pueblo revolucionario, grandemente agigantado en sus ramificaciones y en su callado, pero brioso empuje.

La bomba arrojada debajo del coche del ministro Plehwer ha venido á abrir brecha en esos, al parecer, solidísimos cimientos.

Joros Meff, ó como se llame el autor del asesinato, no ha ido á matar un hombre. Ha querido asestar duro golpe á un régimen odiado por opresor y despótico.

Execrable es el crimen, pero hay ocasiones en que en las salpicaduras de la sangre y en los miembros mutilados, brilla una consoladora ráfaga de reivindicación y de justicia.

Plehwer, despedazado por los trozos de la formidable bomba, es la representación de una política de infamias que desaparece.

El explosivo, con sus horribles efectos, es la venganza que se sobrepone á la tiranía, la puerta que se abre á la manumisión de los oprimidos, el chispazo de la revolución triunfadora.

Las ideas de libertad y de justicia que gimen ahogadas bajo el yugo deprimente del déspota, seguirán, no hay que dudarlo, su corriente irrefragable. ¡Ay, del que quiera detenerlas!

El asesino lo ha dicho:

«El mismo trágico fin espera á todo aquél que persevera en la conducta de Plehwer.»

Los viejos cimientos en que Rusia se asienta, caerán derrumbados, barridos por los revolucionarios, huracanes que rugen bajo la tierra.

Y cuando venga la catástrofe, no será para que el imperio quede convertido en informe montón de ruinas y de muerte, sino para que sobre los vestigios del movimiento se edifique un pueblo redimido y venturoso.

EL RIEGO DE LAS CALLES

Refiriéndose á la conveniencia que entraña para la salud pública el riego de las poblaciones, principalmente en la época estival, se expresa en los términos siguientes una reconocida autoridad en la materia:

El riego de las calles tiene por objeto, más que por la limpieza de las mismas, el impedir que se levante polvo, lo cual sería para los transeúntes incómodo é insalubre á la vez. Además, la evaporación del agua, cuando hace calor, da á la atmósfera cierto grado de humedad muy conveniente. Pero podría preguntarse si el riego no favorecerá la multiplicación de los microbios existentes entre el polvo á los cuales la sequedad de éste, combinada con la acción de la luz solar, habría probablemente destruido.

Para resolver esta cuestión, el notable bacteriólogo M. Mazuschita ha hecho una serie de experimentos con polvo recogido en las calles de Friburgo, en parte seco y en parte regado.

Un grano de cada clase de polvo se disolvió en un litro de agua estérilizada, y con un centímetro cúbico de cada disolución se hicieron cultivos en gelatina.

Eximinando después estos cultivos, M. Mazuschita encontró en el polvo no regado más del doble de bacterias que en el otro, habiendo por cada gramo 1.204,946 microorganismos en el primer y 589.857 en el segundo. Al cabo de cuatro días, durante los cuales hizo buen tiempo, la proporción era de un

millón 693.000 y 311.550, respectivamente, y veintiseis días después, de 37.250 y 27.333; es decir, que en el polvo regado habían desaparecido el 95 por 100 de los gérmenes, y en el polvo no regado 81 por 100. La diferencia no es muy grande; pero después de todo, el polvo no regado contenía más del doble de gérmenes que el que había sido regado. Los microorganismos más resistente permanecieron hasta cuarenta días en el primero, mientras que en el segundo habían desaparecido al cuarto día.»

Después de leer las anteriores líneas, merece tomarse en consideración la idea de que las calles se rieguen, evitando siquiera esa nube de basura levantada de las mismas y transportada, por efecto del barrido, á la ropa y aliento del transeúnte, así como á las viviendas y muebles del vecindario.

A regar, pues, las calles, con la abundancia de agua que sea posible, ya que es necesario para el mantenimiento de la salubridad pública.

CUENTOS CORTOS

DISTANCIAS

Aquella tarde, tarde triste de un día grisáceo de invierno en que el espíritu se abismaba en quiméricas meditaciones, llamaron mi atención al pasear por el puerto, un joven que hablaba con vehemencia y un viejo que oía con atención. Interrogaba aquel altanero y asentía este con tristeza: cuando el viejo, —me dije,— dá la razón al joven impetuoso y violento, es que no hay duda alguna en el proceder de este.

El joven había obrado bien.

Lo enérgico de mi ser me llevó cerca de ellos; creedme, no fué la curiosidad de enterarme de lo que no me importaba el acicate que me impulsó, fué solo un propósito firme de practicar con la juventud lo que la experiencia sancionaba. Yo les creía hablando de un porvenir venturoso en tierras lejanas, de un presente de trabajo honrado que dignifica y redime...

Y les escuché; ¡hablaban de un crimen! La sangre de un hombre había corrido por el suelo; y aquel joven decidido y apuesto no hablaba de trabajo sino de persecuciones; aquella alma de niño, no estaba abierta á los tiernos sentimientos de la caridad, si-

no presa de la idea rencorosa que había ensangrentado la historia de unos amores.

Oigámosles.

—Yo, tío Roque, amaba á Blasa y quería á Enrique, á ese pobre desgraciado á quien he tenido que matar esta tarde. Juntos nos criamos los tres y al mismo tiempo crecimos; iguales éramos unos á y otros; si acaso los vestidos eran lo único que solían diferenciarnos. Más pasó el tiempo y un día se me hizo saber que Enrique era el hijo del amo de la fábrica en donde mi padre trabajaba y donde yo había de sudar el pan de cada día, y Blasa, la hija del jefe de talleres; y me hicieron saber también la diferencia que entre nosotros existía. ¡Día aciago!

—¿Pero tú?...

—Si señor, tío Roque, si señor; yo amaba á Blasa y Blasa me correspondía. ¡Enrique la cortejaba también, y suya hubiera sido!...

—¡Juventud imprevisora!

—Pero yo formé mi composición de lugar y me dije. «Vamos á ver, Sebastian. ¿Y caso de marcharte de aquí, no has de encontrar otro fabricante que te explote á cambio de unos mendrugos de pan? ¿Pues entoces?». Y claro se está, sin fijarme en que la misma distancia podía haber entre el señorito y Blasa, y Blasa y yo, me interpusé en el camino y noblemente me declaré su rival.

—¡Ya sé el fin!

—¡Ya lo creo que lo sabes! El me desafié, yo puse reparos por no matarlo, me cruzó la cara con su bastón que era la vara de un negrero, y en tocos lo maté, cara á cara, frente á frente, como dos caballeros, con testigos.

—¡Desgraciado!

—Desgraciado, sí, lo que usted quiera; pero para ir con la cabeza muy levantada por todas partes y pederle decir á todos los míos: «Vosotros que sudáis bajo el yugo tiránico de un amo sediento de oro y perdeis salud y honra, levantando un capital frente al cual habeis de luchar mañana, apurad en mi rebelión.»

—¡Y ahora, donde vas?

—¡Lejos, muy lejos! Donde me lleve ese vapor, en cuyas entrañas chispea un carbón de piedra que protesta de su libertad perdida. ¡Lejos, muy lejos! ¡A ponerme á igual distancia de ella, que está en el otro mundo!

Aurelio Ruiz Alcazar.

NOTAS MADRILEÑAS

Para que el público sepa por qué los tahoneros se oponen al cierre de pozos, vamos á consignar á continuación «las ventajas» que dichas aguas proporcionan á los

